

La Primera Comunión

Adolfo Castañón



© León Darío Peláez

"Todos llevan en la mano velas blancas aderezadas para la ocasión"

*La amistad es mucho más trágica que
el amor. Dura más.*

OSCAR WILDE

I

Es el día más grande de tu vida.
Un gran Rey te ha venido a visitar,
y esta fecha con oro se halla escrita
en tu alma que ahora es un altar.

Francisco González León, "Eucaristía"¹

¹ Francisco González León, *Poemas*, Compilador Ernesto Flores, Fondo de Cultura Económica, Letras mexicanas, México, 1990, p. 297. (En la primera comunión de David Enrique de la Mora, el 6 de agosto de 1944, N. de F. G. L.).

II

¿Puede un niño de diez, doce años hacer la Primera Comunión? El alma del niño, como dicen los catecismos, ¿"está en gracia de Dios"? El niño ¿está vivo?, es decir, ¿se puede suponer que (como avisan esos breviaros) su alma está viva por la gracia? ¿Cómo definir ese estado? ¿Bastan la reverencia, la devoción, el afecto, el ayuno y la limpieza exterior? Hoy, pasados los cincuenta y cuatro años, me hago estas preguntas y, al hacérmelas, procedo en retrospectiva a un examen para darme cuenta a mí mismo y así darles cuenta a los lectores, espectadores de este libro armado con las impecables fotografías de León Darío Peláez, que puede significar la Primera Comunión. Obedezco a la invitación de San Pablo: "Pruébese a sí mismo el hombre".

III

*El arte es la única cosa seria en el mundo.
Y el artista es la única persona que no es nunca seria.*

OSCAR WILDE

VI

Corre la sangre sacrificada. Se come la carne y se bebe la sangre de ese Nombre. Se bebe la sangre del que está muriendo “por nosotros”.

De algunas de las diversas fotografías presentadas aquí se desprende un aire de soledad, casi de orfandad. La Primera Comunión puede ser leída como un rito de paso en el cual el niño transita del estado de indiscreción a un estado ya propio del adolescente, dueño de una mayor conciencia y capacidad de juicio. Un rito de paso que es, bajo sus apariencias límpidas y joviales, matutinas, un rito doloroso de separación e integración ulterior a una comunidad universal, católica, la de los cristianos. Por eso también, junto a la impresión de soledad, se da otra de solidaridad y pertenencia: el que va a comulgar por primera vez sabe o barrunta que ingresará a una suerte de familia —la del llamado “pueblo cristiano” que se identifica no por los lazos de sangre ni por el vínculo de la tierra sino por unas ataduras de simbólica índole, cosa que no es necesariamente una condición imaginaria como son las de la fe— una cualidad imponderable, evasiva (una “adhesión total de la mente y del corazón”, como la definió alguna vez André Malraux) pero que ha modelado —al menos en parte— la historia de las regiones y naciones llamadas cristianas.

IV

Suelen verse en las mañanas de los días festivos, de preferencia en sábado, por las ciudades y pueblos de la ecumene que habla español y se dice cristiana, las figuras endomingadas y limpias de niños y niñas que se dirigen a la iglesia para “hacer” o más bien recibir su Primera Comunión. Ellas suelen ir vestidas de blanco como novias pueriles que van a desposarse con una pareja radiante e invisible; ellos suelen ir de traje oscuro con una corbata clara o plateada. Todos llevan en la mano velas blancas aderezadas para la ocasión.

V

El espectáculo del niño que hace su Primera Comunión es familiar. Tan usual que su significado desaparece bajo la dominguera apariencia. Para festejarla, se suele organizar una pequeña fiesta. Pero, ¿sabemos qué se festeja?

Ese acto fundador, el sacrificio, recorre la historia. Cada uno es ofrecido en el altar. Tal ofrenda es lo más personal que alguien —¿un sacerdote?— puede hacerle a otro, *personaliza*, pide un nombre al que es inmolado.

Por amor se vierte vino en las venas; por Amor sangre en el vino.

VII

Si la fabricación del pan se remonta a los orígenes de la civilización, la comunión fundada en su consumo se ha de fechar en tiempos muy antiguos en que el uso ceremonial de los cereales estaba asociado a los ritos de fecundidad y fertilización tanto como a las ofrendas que, colocadas en las tumbas, servirían de alimento a los muertos en su camino hacia el más allá, como sucedía entre los egipcios.

Más tarde, entre los hebreos, el pan cobra un resplandor simbólico: cuando salía de Egipto hacia la Tierra Prometida, Dios ordenó a su pueblo que recordara este acontecimiento consumiendo durante siete días, durante el mes de *abib*, *pan virgen*, es decir pan ázimo, sin leudar o sin levadura. A esta fiesta que conmemora la liberación del pueblo judío que fue sometido por los egipcios durante más de cuatrocientos años, se le llama *Pesaj*. De aquí tomó el cristianismo la idea de consumir un pan sin levadura —es decir, un pan que no alimentara tanto la carne como el espíritu. “Y así —dice Juan José Arreola²— se llega hasta la hostia, ese delgado círculo de harina transparente que nos deja ver como a través de una lupa custodia, cuerpo y sangre de un Cristo inmaterial”.

VIII

Comulgar con hostias recién hechas y vino recién consagrado en un cuerpo ayuno.

² Juan José Arreola, “El pan nuestro de cada día”, Prólogo a Cristina Barros y Mónica del Villar: *El santo olor de la panadería*, Procuraduría del Consumidor, FernándezCueto Editores, México, 1992, p. 12.

IX

El dogma católico de la transubstanciación quedó fijado en el IV Concilio de Letrán (1215) y en el Tridentino (1551). La Iglesia de Oriente lo aceptó en 1672, pero la Reforma protestante lo rechazó sin llegar a un concepto uniforme: Lutero y Calvino, por ejemplo, aceptaban la verdadera presencia del Cuerpo de Cristo en la Comunión pero para Zwinglio sólo se trataba de signos.

X

La presencia de Cristo en el creyente, a través de la comunión es un giro radical, capaz de cambiar la vida y la muerte del invitado a ese banquete.

XI

La comunión es uno de los sacramentos de la Iglesia católica, que son: bautismo, confirmación, comunión, matrimonio, penitencia, extremaunción y orden sacerdotal. Pero cabe preguntar, ¿qué es un sacramento? Es, dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, “un signo sensible de un efecto interior y espiritual que Dios obra en nuestras almas”, a través de la Eucaristía. El cristianismo refinó la forma en que los sacerdotes participaban en el altar de los despojos del sacrificio ofrecido para auspiciar la benevolencia de la divinidad. El refinamiento consistió en inventar un sacrificio in-cuento: la hostia (el pan) y el vino en substitución de la carne y la sangre. El uso de la comunión sacramental se remonta a los primerísimos tiempos del cristianismo, cuando en aquella misteriosa Última Cena en la víspera de su Pasión, el Salvador fraccionó el pan, y por vez primera transformó en Dios el alimento del hombre.

XII

Insípida y más la hostia, con su sabor sin sabor peculiar, con su vacío de sabor deslinda el aire y crea, a la hora del banquete, espacios de recogimiento y soledad.

XIII

Desde esos primeros días, hubo almas puras hambrientas del alimento celeste. En las *Actas de los Apóstoles* se dice que los primeros fieles perseveraron en la oración y en la *fracción del pan*, es decir en el uso de la comunión. San Clemente en el siglo I, San Ignacio y San Justino en el segundo, Tertuliano en el tercero refieren con cuánta pureza del alma y del cuerpo, con cuánto fervor y devoción

los fieles entonces perseguidos recibían la Eucaristía; era ése su consuelo y su fortaleza en aquellos tiempos oscuros: se llevaban oculta la Eucaristía a sus casas y, antes de marcharse hacia el martirio, se la daban entre ellos, se les impartía a los niños, a los enfermos, a los moribundos. Los fieles la aceptaban bajo las dos formas —el pan y el vino— pero los *abstemios* (quienes tenían por el vino una repugnancia invencible) sólo la recibían bajo la especie del pan. A partir del siglo XIII se impone la idea y la práctica de que la comunión, consumada sólo con pan, resulta igualmente eficaz y real.

XIV

Hice la Primera Comunión sin pena. Hubo una fiestecita infantil. Se comieron tamales —hayacas mexicanas— y aguas frescas. Estrené un traje nuevo, que me duraría poco, pues iba creciendo como la luz al amanecer. Ya no volví a comulgar más que de cuando en cuando. Sólo lo hacía por darle gusto a mi abuela que —como decía mi padre— era una señora “muy persignada”. Precisamente ella fue la que nos enseñó. Había dos formas de hacerlo: una, trazando la cruz sobre la frente con la mano derecha y, otra, dibujando la cruz desde la cabeza hasta el pecho. Más tarde —con los gnósticos— aprendí que había una tercera, delineando la cruz desde la cabeza hasta el sexo.

XV

Voltaire, en su *Diccionario filosófico*, en el artículo “Eucaristía” sostiene: “Los estoicos (Marco Aurelio, Epicteto) decían que llevaban a Dios en su corazón (...) y querían significar que llevaban dentro de sí la parte del alma divina y universal que anima a todas las inteligencias. La religión católica va más allá y dice a los hombres:

Tendréis físicamente en vosotros lo que los estoicos sólo tenían metafísicamente (...). Así es como los hombres reciben la comunión en una ceremonia solemne, al resplandor de cien cirios, al son de una música que encanta sus sentidos y al pie de un altar brillante como el oro. La imaginación queda subyugada; el alma, cautiva; apenas si se respira, se desprende uno de todo bien terrestre, se une el alma a Dios, y Él ya está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atrevería, quién podría cometer a partir de ese momento una sola falta o siquiera concebirla con el pensamiento? Resulta imposible imaginar un misterio que contenga con mayor fuerza la virtud de los hombres.³

³ Voltaire, *Diccionario filosófico*, tomo I, Librería El Ateneo, Buenos Aires, Argentina, 1950, pp. 755-756.

XVI

Hace años el poeta José Luis Rivas me pidió que aceptase ser padrino de bautizo de su hijo al que se impondría el nombre de Juan. Cuando nos encontrábamos ante la pila bautismal, mis lágrimas cayeron sobre el niño. A través de ese acto, en apariencia sencillo, ese cuerpo estaba recibiendo el nombre de Juan al mismo tiempo que el agua bautismal y todo el peso de la civilización cristiana y, si bien era “salvado” de una condición entre vegetal o mineral, era arrancado de ese espacio de la posibilidad pura, de la virtualidad radical como sería el *limbo*, lugar donde podría o tendría que convivir con todos aquellos pueblos y con todos los pensadores y aun hombres de bien que no conocieron la Buena Nueva cristiana como los antiguos fenicios, Virgilio, Heráclito y muchos otros. El ahijado no sólo estaba recibiendo el nombre de Juan sino la posibilidad o la obligación, la necesidad de pertenecer a ese “pueblo universal”, “pueblo de pueblos”, que puede recibir la Buena Noticia de la existencia de Jesús el Cristo, personaje alrededor de cuya fecha de nacimiento gravita y se ordena el calendario y la historia de la civilización cristiana-occidental, dominante en medio mundo. Entre los japoneses no se celebra la Navidad.

XVII

Los sacramentos son actos enteramente simbólicos, son ritos, ceremonias que ponen en movimiento energías, no por inateriales menos reales. Esas energías, sobra decirlo, imantan y vertebran el cuerpo social a través de una institución como la familia que se construye a la sombra del sacramento del matrimonio que tiene por objeto que los contrayentes “vivan entre sí pacíficamente y críen hijos para el cielo”. (Cfr. Ripalda).⁴

XVIII

Los catecismos no precisan la edad en que puede recibirse la Primera Comunión. Dice el citado Ripalda: “El sujeto capaz de recibir este sacramento es todo hombre o mujer bautizados, que tengan uso de razón y hayan llegado a los años de discreción”. En la época de Ripalda no se admitía que los niños comulgaran antes de los doce años, y entre protestantes franceses la Primera Comunión se reserva a los que llegan a la edad adulta.

⁴ Catecismo de los Padres Ripalda y Astete, tomo III, capítulo XI, “Sobre los sacramentos. Séptimo sacramento de la Iglesia”, Librería de Galván, París, Librería de la Rosa, México, 1837, p. 86.



© Leon Duro Pérez

“Se daría una pequeña fiesta, me comprarían mi primer traje de persona mayor, me pondría mi primera corbata...”



“¿Será verdad que el cristiano viejo debe decir al joven que no se vaya a romper los dientes por querer rumiar lo que no se puede: el hueso de la fe?”

XIX

Hice la Primera Comunión a los diez años. Aunque mi padre era libre-pensador, había sido bautizado y se había unido a mi madre tanto por un contrato civil como en una ceremonia religiosa. No eran muy practicantes pero celebraban la Navidad y sus fiestas, respetaban los rituales de la Semana Santa —por ejemplo, el de la visita a las Siete Casas—, pero no nos llevaban a misa los domingos, aunque sí íbamos a visitar iglesias coloniales en los alrededores de la Ciudad de México el séptimo día de cada semana. Esas visitas tenían más bien carácter cultural y durante ellas mi padre nos instruía a mi hermana y a mí sobre los principios edicios de la arquitectura religiosa colonial: qué era un atrio, un arquitebe, un claustro, una bóveda o un coro. A veces, la visita a las iglesias coloniales era sustituida por excursiones a las pirámides para familiarizarnos con los principios activos en la construcción de los centros ceremoniales prehispánicos. En mi mente infantil esos paseos dominicales eran como una prolongación de la escuela y de los deberes escolares que yo asumía con entusiasmo y dedicación, tanto mayores cuanto más sencillas me parecían las exigencias de los maestros.

XX

Tomé el curso previo a la Primera Comunión con sumisa alegría. La obediencia era para mí una fuente de gozo. Aprendí con desenvoltura deportiva las oraciones prin-

cipales: Padre Nuestro, Dios te salve María, el Credo me sonaban bien, y creía entenderlos (el auto-engaño y la falsa fe van de la mano). También, por supuesto, me aprendí de corrido los Diez Mandamientos aunque, de nuevo, no entendiera lo que significaban: salvo lo de no robarás y no matarás, me parecían en verdad enigmáticos: ¿qué quería decir aquello de “Amar a Dios sobre todas las cosas”? ¿Cuál era la diferencia entre “no hurtar” y “no codiciar bienes ajenos”? ¿Cómo “santificar las fiestas” (Tercer Mandamiento)? ¿Qué quería decir “honrar padre y madre” y sobre todo a qué se refería con “no fornicar”? y así sucesivamente. Me guardaba mis preguntas, y me consagraba —eso quería pensar— a lo mío: repetir como loro de feria y dejar a los adultos tranquilos con la representación de mi memoria.

XXI

Lo de la Primera Comunión resultó de una presión de mi abuela materna, quien se preocupaba de que mi padre nos llevara a la iglesia los domingos no para oír misa sino, ¡para tomar clases de arquitectura religiosa!

XXII

Se haría la Primera Comunión. Se daría una pequeña fiesta, me comprarían mi primer traje de persona mayor, me pondría mi primera corbata y me comprarían zapatos nuevos. La ceremonia me recordaba la obligación

futura del servicio militar que terminaría declinando por una leve deformación de los llamados pies planos.

XXIII

Conforme se acercaba la fecha de la comunión inaugural, me empecé a poner nervioso. ¿Qué significaba realmente todo aquello? ¿Qué podía o debía confesar, además de las travesuras con que fastidiaba para distraerme? ¿Por qué si inventar cuentos e historias era algo tan divertido resultaba que no había que decir mentiras ni levantar falsos testimonios?

XXIV

La víspera de la Primera Comunión, le confesé al sacerdote una serie de pequeñas travesuras, unas inventadas y otras reales y, al final, rematé: “He mentido”. El hombre de la sotana no le quiso dar importancia a mi auto-denuncia, y me recetó una medicina que me pareció inocua: rezar tres padres nuestros, tres aves marías y tres credos. Los recité de corrido sin saber muy bien lo que hacía. Me tardaría mucho en saber qué significaba orar.

XXV

La cabeza del sacerdote se inclina profundamente mientras tiene en sus manos la sagrada forma, la fina blanca

oblea. Ya no habla por sí mismo ni por los demás. Ahora es el propio Cristo quien utiliza las manos y la voz de ese hombre para renovar su acto supremo de amor en el sacrificio redentor. *Porque éste es mi cuerpo*. No hay cambio alguno perceptible. Sin embargo *eso* tan pequeño, blanco y redondo en su apariencia, tan frágil y delgado como un papel se ha convertido en el Cuerpo de Cristo. La voz de la Víctima, a través del oficiante, habla de nuevo. *Porque éste es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento*. Sólo el sacerdote ve el contenido de la copa, pero no ve sino un líquido obscuro y rojo, que tiene el sabor del vino. Y sin embargo, por el “misterio de la fe”, *ésta* es la sangre salvadora, que *será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados*.⁵

XXVI

Las iglesias siempre me parecieron construidas como teatros. Pero, ¿qué se representaba en su escenario? Lo que ahí se escenifica no es fácil de expresar: es el “milagro” —o el proceso, si se quiere— por el cual, durante la liturgia de la misa (encubierto por la tersa y tensa palabra “Eucaristía”) se transmuta el cuerpo y la sangre de Cristo en pan y en vino. Este juego de palabras es muy fácil de realizar en la mesa de trucos del lenguaje. Pero, ¿es verdad que es un hueso duro de roer para el perro de la conciencia racional? ¡Cuidado con el perro!

⁵ Richard Butler, *La vida y el mundo de Jorge Santayana* (1961), p. 56.



© León Dario Pérez

“Son actos enteramente simbólicos, son ritos, ceremonias que ponen en movimiento energías...”

advertía en Pompeya un mosaico que sobrevivió a la explosión del Vesuvio: *Cave canem*. ¿Será cierto que hay que tener cuidado con el perro de la conciencia racional? ¿Será verdad que el cristiano viejo debe decir al joven: no se vaya a romper los dientes por querer rumiar lo que no se puede: el hueso de la fe?

XXVII

A través de un texto, es decir a través de una confesión, es decir zambulléndose en el universo, es decir en los abismos del otro, puede consumarse la comunión íntima, profunda, discreta, total. (Cfr. Ionesco).⁶

XXVIII

Cuando estaba por hacer la Primera Comunión, tenía *ganas* de ser monaguillo. No digo *deseos* sino *ganas*, que es algo más físico e imperioso. Me atraía poderosamente la idea de ponerme una sotanita roja y una cota blanca, y, vestido así, acompañar en el oficio de la misa a un sacerdote. Imaginaba que, al cambiar de vestido, cambiaría de personalidad, lo mismo que un hombre que

⁶ Eugène Ionesco, *Journal en Miettes*.



"Ese acto fundador, el sacrificio, recorre la historia"

viene de la calle y que entra a la sacristía puede transformarse, casi diría transfigurarse, en sacerdote.

Vagamente pensaba que con la comunión podía suceder lo mismo: el hombre interior, el niño que estaba dentro de mí, al recibir la comunión se transformaría, se pondría un uniforme celestial por dentro de la piel. Gracias a mi padre, escéptico y librepensador, no se me cumplieron aquellas ganas —como digo casi físicas— de acceder a ese espacio teatral de los asuntos litúrgicos. “Son asuntos de gente reaccionaria —me dijo—, mejor ponte a leer otras cosas...”.

XXIX

*Quienes ven alguna diferencia entre el alma y el cuerpo,
es que carecen de ambos.*

Oscar Wilde

Pero Cristo, Jesucristo, el Hombre, según dicen los hebreos, *Yeshua ben Pandirà*, dizque era el nombre civil del redentor, ¿había existido realmente? ¿Cómo se le habría ocurrido eso de identificar su carne con el pan y el vino con su sangre? ¿Se trataba de una transposición simbólica que ya había sido practicada antes? ¿No era terrible e innombrable ese devorar el cuerpo mismo de Dios hecho persona? ¿Cómo explicar que Jesucristo se hubiese impuesto entre sus discípulos y paisanos desde el primer momento? ¿Había realmente muerto en la cruz para ser inhumado en una cueva y luego dejar la tumba vacía después de resucitar? ¿Quién era el autor de esa taumaturgia? ¿Cómo se había inventado a sí mismo? ¿Por qué los judíos lo habían tolerado y luego perseguido y asesinado? ¿No habría sido Jesucristo una invención del colegio de rabinos en extinción para asegurar así la sobrevivencia de su estirpe? ¿Y por qué si mi padre despreciaba a los sacerdotes y su mustio mundo de secrecía calculadora, admiraba tanto la arquitectura religiosa, hablaba con tanto entusiasmo de los primeros evangelizadores y se apasionaba hasta la polémica con el descubrimiento de los rollos del Mar Muerto y las novelas de Nikos Kazantzakis?

XXX

*Las religiones mueren cuando se prueba su verdad.
La ciencia es el registro de las religiones muertas.*

Oscar Wilde

En 1986 visité la ciudad de Moscú para asistir a una Feria del Libro en la todavía Unión Soviética, en

compañía de la traductora mexicana Selma Ancira que había hecho sus estudios universitarios en ruso, en la URSS.

Durante uno de los escasos paseos que hicimos, fuimos a visitar la iglesia-museo donde vivió, trabajó y pintó Andrei Rublev (ca. 1360-1430), artista medieval, creador de todo un caudal de iconos religiosos y continuador ortodoxo de una gran tradición pictórica a quien A. Tarkovski le dedicó una película: *Andrei Rublev* (1966). Había que pedir cita con antelación para que se nos abriera el recinto. Iríamos o bviamente acompañados de una guía. Ya en la salas del museo, le empecé a preguntar cuál era el título de cada cuadro. No pocos de esos títulos eran palabras provenientes del vocabulario religioso como Bautismo, Apocalipsis, Transfiguración, Eucaristía, entre otras. Dijo, bajando los ojos, que no sabía qué significaban en ruso esas palabras. Un relámpago helado recorrió mi cuerpo. Me percaté de que la famosa educación socialista tenía como condición un lavado cerebral de todo aquel vocabulario religioso y que un cuidadoso mecanismo de seguridad policiaca y escolar envolvía todo lo que tenía que ver con ella. También tuve conciencia de que en México, en América Latina y en el resto de los países inscritos en el padrón de las auto-llamadas democracias liberales, estaba ocurriendo un proceso de amnesia y olvido semejantes. El desarrollo era paralelo al proceso de descristianización. Pero este último proceso no sólo afectaba al llamado pueblo cristiano sino que iba socavando la raigambre de la cultura civil borrándole poco a poco sus marcas identitarias.

XXXI

Si
carne en corazón
mente en espíritu
alma en cuerpo
la comunión más allá
de física y metafísica
más taciturno interior
tácita locuaz cotidianeidad
una vez silencio
otra vez
silencio
a
veces
lo mudo
nos pronuncia
y configura
dónde está el sastre
dónde el aderezo



© León Darío Peláez

"Las iglesias siempre me parecieron construidas como teatros. Pero, ¿qué se representaba en su escenario?"

cuándo en buena cosmética
es hora del agua y jabón
la sensación de la lengua en el idioma de
[lo sensitivo
calle
por las calles
de adentro el alma
tiene hambre y se da de topes
en las paredes
de la carne
una ansiosa
necesidad de compartir nos empuja
cuando de pronto
tumba
pero el amor es fiel
y sigue buscándose
de pregunta en pregunta.

XXXII

El retrato del niño que se prepara para hacer su Primera Comunión es un sol que, al proyectarse sobre el charco de la mente, produce estos reflejos, palabras que son espejos.

De la mañana al resplandor incierto,
el órgano eleva sus cantares,
te he visto comulgar entre azahares
de la iglesia en el ángulo desierto.
Ramón López Velarde, "Eucaristía".

Oaxaca, 27 de enero de 2007. [1]

Las imágenes que acompañan este texto pertenecen al libro *Territorios ajenos* del fotógrafo colombiano León Darío Peláez que se publicará el próximo mes de julio.